

Capítulo II

Cumbres Escarpadas, Nubes Borrascosas

Mi padre es un joven oficial del ejército, macho y afecto al licor. No ha aprendido a ser sociable y tampoco está tratando de serlo. Y por esto es enviado a lugares distantes, desconocidos e inhóspitos del Perú, porque ha mostrado una actitud desafiante. Este es el primer largo viaje que hará el pequeño Cóndor, de siete años de edad. Ha escuchado que esa zona es peligrosa y que ningún camino llega a la ciudad de Puerto Maldonado, en el departamento de Madre de Dios, un lugar infernal que limita con las impenetrables selvas de Brasil y Bolivia. Tal vez se le dio ese nombre, para recordarle a la gente que esa área era tan triste como el dolor que sufrió la Virgen María con la muerte de su hijo Jesús. Este Cóndor, que va creciendo, se siente feliz de ir a la selva, ese mundo maravilloso, pero traicionero.

Tomamos un viejo camión, lleno de indígenas, animales y un gran hedor. El frío penetraba hasta los huesos. Los pasajeros simpatizaban conmigo y me protegían del viento helado cubriéndome



Tomamos un viejo camión, lleno de indígenas, animales y un fuerte hedor.

con sus ponchos. Viajamos, por varios días, a través de un camino que parecía hecho de lodo.

Parábamos muchas veces en esos fangosos y peligrosos caminos aún no terminados, debido a fallas mecánicas, lluvias torrenciales y llantas desinfladas. Cóndor bajaba del carro y miraba un mundo extraño: las elevadas y distantes montañas coronadas de picos nevados, las nieblas de las selvas arremolinándose alrededor y el ambiente pleno de la música de innumerables insectos. La tierra de los

Incas no se reconocía allí. Había cierta felicidad espiritual, pero, en ese momento, la desconfianza no la causaban las gentes, sino la naturaleza, que es —a veces— cruel e impredecible.

Cóndor orinaba en el barro mientras contemplaba la vastedad del infinito en las alturas. Estaba feliz y asombrado. Veía una nueva naturaleza no perturbada. El yugo de los conquistadores no llegó a estas lejanías. Recuerdo que ésta era una tierra virgen, donde sólo habitaban animales y tribus selváticas, cuyos ancestros probablemente huyeron de sus conquistadores; tanto incas como españoles. Sólo ellos saben de los sufrimientos y tribulaciones que caracterizan la vida de la selva profunda.

Viajamos días y noches en el viejo camión, lleno de carga humana. Habíamos soportado tantas peripecias como para agregar un capítulo más a *La vuelta al mundo en 80 días* pero, nadie escribirá sobre nuestras experiencias. Este es el karma que sufren nuestros pueblos indígenas.

Finalmente arribamos a “Quince Mil”, cuyo nombre se debe probablemente al brillante y polvoriento metal amarillo encontrado en los muchos y desconocidos ríos de esta selva. Esa ciudad era quizá muy parecida a los pueblos mineros existentes en California durante la época de la “fiebre del oro”, alrededor de 1840, y por seguro, algo peor.

Recuerdo que allí terminaba el camino enlodado. A partir de ese punto, Cóndor y su familia volarán, por primera vez —en un pequeño aeroplano— hacia su destino, si el tormentoso clima amainaba en algún momento. En Quince Mil, Cóndor fue testigo de la miseria y muerte del cuerpo físico, pero no del espíritu. Vio a los hombres morir por mordeduras de serpientes y enfermedades tropicales, y observó a su madre ayudar a los pobres, enfermos y desam-

parados. Ella supo de un hombre abandonado a morir en una precaria casa de palmas, después de una mordedura de serpiente, porque no podía viajar al Cuzco para recibir tratamiento. El enfermo era conocido como el “Selvático”, u hombre de la selva. Veía a mi madre alimentar a este enfermo en la miseria de su choza. Su pierna derecha estaba hinchada, ampollada y olía a carne descompuesta. Mi madre le aplicaba mercurio-cromo en la herida. Después de ayudarlo, nosotros regresábamos al cienagoso pueblo de una sola calle, donde se vendían abundantes equipos y suministros para aquellos que se dirigían a la selva profunda, en busca de oro, caucho, o tal vez, la muerte. El tiempo pasó sin que nos diéramos cuenta. Acostumbrábamos ir al río Marcapata, un tributario de otro mayor: el Inambari; disfrutábamos —desde la orilla— de su furiosa corriente, y apenas nos atrevíamos a bañarnos en él, como si fuese fuego; y yo sólo jugaba y caminaba chapoteando en un charco distante y seguro, mientras mi madre lavaba nuestras ropas en las orillas pedregosas.

Con las ropas lavadas y húmedas, retornamos al pueblo y encontramos algunas personas reunidas alrededor de un camión. Nos acercamos para ver lo que pasaba y vimos que el hombre que había sido mordido por la culebra en la pierna derecha, era embarcado hacia Cuzco. Sólo recuerdo haber visto el pie colgando de la camilla hecha de ramas y pequeños troncos de árbol. Tres días después, supimos que murió en el pantanoso camino y su cuerpo fue enterrado en el barro húmedo. Ahora, yo sólo puedo imaginar el cadáver, empapado por una lluvia cruel y consumido por numerosos animales devoradores de carroña e insectos.

Cóndor juega con unos chicos de la selva en el improvisado campo de fútbol, cuando al levantar la vista ve un avión que desciende rápidamente sobre el campo de juego. El pequeño aparato,

de lejos parecía un saltamonte, y a medida que descendía se veía grande. ¡Increíble!, el invento del futuro, el aeroplano, aterriza precariamente en ese pedazo de terreno. Un hombre alto salió de la cabina.

Era blanco, un piloto de la selva, a lo mejor un gringo. Se le veía diferente de nosotros. Hablando rápido, dijo que partiría en quince minutos, antes de que el sol se viera cubierto por las oscuras nubes de la próxima tormenta, y pidió a una persona que buscara inmediatamente al subteniente Sánchez. Era el avión en que teníamos que viajar y que habíamos estado esperando por meses. Tomamos todas nuestras húmedas ropas que habían estado secándose a la entrada del hotel y las pusimos en una pequeña maleta, junto a las pocas cosas que teníamos y corrimos hacia el polvoriento campo deportivo donde estaba la avioneta esperándonos. Era la primera vez que subía a un avión. El interior estaba hecho de materiales e instrumentos que nunca había visto. Era tan estrecha la cabina que apenas cabíamos en el minúsculo avión. Despegamos, *pero un cóndor vuela suavemente y sin esfuerzo, y esto era una "vaca voladora"*.

Las sensaciones de turbulencias eran tan vívidas, que mi madre estuvo llorando toda la travesía. Mi padre estaba atemorizado. El piloto se veía indiferente, permanecía silencioso, pero parecía preocupado. Sólo él sabía de lo peligroso que este viaje era o podía ser. Esas selvas, esos ríos, ese gran verdor infinito, le dieron a Cóndor su primera visión del mundo desde lo alto. Ahora él estaba admirado y nunca olvidaría todas estas experiencias.

Puerto Maldonado es una ciudad de la amazonia, con calles de tierra y veredas, en ese entonces, pavimentadas con los fondos de botellas de cerveza que sólo llegaban a la ciudad por vía aérea, pero a un precio elevado y como no podían ser devueltas, eran utilizadas

para el ornato de la ciudad. El olor de la ciudad entera era de mango en descomposición y de otras frutas, para mí, desconocidas. Era tan dulce este olor que resultaba casi insoportable en un clima caliente y húmedo.

Cóndor contempla la selva profunda y no muy lejana. Escucha historias sobre ella y se siente maravillado, pero temeroso. Observa por primera vez una tremenda serpiente shushupe —parecida a una boa— capturada por un borracho selvático que la muestra al pueblo como una prueba de su machismo. Todos; hombres, mujeres y niños, veían a ese hombre —en la euforia de su borrachera, bajo el agobiante sol del mediodía— sosteniendo con sus manos desnudas la cabeza de ese bello, enorme y moribundo reptil.

La shushupe, con su oscuro lomo, cubierto de brillantes escamas, era golpeada contra la calle polvorienta y colgaba como si fuera una soga gigantesca. El hombre hablaba todo el tiempo y narraba a los espectadores, en tono letárgico cómo había cazado al animal. Enfatizaba en lo mañosas que son esas serpientes y el riesgo de muerte que había corrido su vida. Los muchachos lo seguimos por varias cuadras como si se tratara del máximo evento del día, y en realidad, lo fue.

Después de vivir algún tiempo en la ciudad, aprendí a caminar solo por los estrechos senderos de la selva para visitar a los misioneros franciscanos, que tenían la única posta médica de la ciudad. Ellos curaban mis ojos supurados aplicándome argirol, una solución de nitrato de plata que en esos tiempos se usaba contra infecciones. La misión sacerdotal no estaba lejos de la ciudad y se encontraba oculta por la floresta, en las orillas del río Madre de Dios. Veía las costumbres de los misioneros extranjeros de barba roja y aprendía muchas cosas de ellos. Los misioneros eran personas bondado-

sas que habían llegado años atrás para civilizar y cristianizar a las tribus, y tal vez altruistamente, pero, cambiando y destruyendo las costumbres de los aborígenes, tal como lo hicieron los antiguos misioneros siglos atrás, cuando llegaron por primera vez a estas selvas vírgenes, sufriendo y muriendo por una cuestionable noble causa.

No pude estar largo rato en la misión, porque la oscuridad cae sobre la selva cuando aún brilla el sol. El zumbido de los insectos y los aullidos de los animales que están siendo devorados producen pánico. Caminaba rápidamente, imaginando que detrás de mí podía venir reptando la gran shushupe, porque había escuchado que ése era el modo de agarrar su presa. ¡Toqué mi trasero y noté que aún lo tenía! Entonces, corrí sin querer mirar hacia atrás o a los lados. Sólo veía el camino delante de mí —rojo, arenoso y libre de hojas— donde no había otra cosa que tierra y nada oculto debajo de ella. Tenía mi camisa en la mano, por si acaso hubiera necesidad de lanzársela a la serpiente, porque la gente decía que ésa era la forma de ganar distancia, mientras el animal huele la prenda que se le arroja.

¿Cómo podría describir la grandeza de esa selva? Se siente como un lugar de vacaciones, con arroyos musicales, bandadas de bellas aves y árboles altos, gruesos y hermosos. Uno camina solo, pero nunca sufre la soledad como sucede al respirar el aire frío y liviano de los Andes.

Esta ciudad, según Cóndor la recuerda, era como un paraíso. Tal vez él era muy pequeño para darse cuenta que la gente del lugar también sufría. Las enfermedades son numerosas y la muerte tan común como la caída de las hojas secas de los árboles. Pero como la selva es tan llena de vida, todo renace alrededor.

El río Madre de Dios es grande, color de lodo, rápido y lleno de remolinos. Pocos se atreven a nadar y uno puede ver el verdor por todas partes. Los blancos escalones que descendían hasta los

barcos, en el río, le daban a la ribera un aspecto parecido a un lujoso club de yates. La Marina del Perú mantenía un viejo y bello barco de vapor, semejante a los usados durante la Guerra Civil en los Estados Unidos.

Algunas veces, caminaba por los bosques lluviosos hasta el fuerte militar para ver a mi padre. Por primera vez veía soldados indígenas que tenían la cabeza rapada, algunos eran aborígenes. Hablaban entre sí toscamente y mostraban ser hoscos unos con otros, pero al aparecer sus superiores se mostraban dóciles. Cóndor observa esta conducta frecuentemente, en todas partes, debido al gran contraste social y racial en el país.

La tarea más importante de estos soldados era aprender a leer y escribir. Su lenguaje diario estaba tan mezclado entre español, quechua y otros dialectos nativos, que a veces aprendían una palabra en español y la repetían en su idioma (El instructor decía: za-pa-to, y el recluta repetía: “chu-zo”). Por esto, eran pateados con las pesadas botas de sus superiores, hasta que dejaran de hacerlo. Al mediodía, mi padre me llevaba a almorzar en el fuerte. La sopa era hecha de culebra, tenía sabor a pollo y era gustosa. Ha pasado el tiempo y sólo puedo recordar vagamente aquellos días y actualizar aquellos olores que mis sentidos olfatorios han logrado retener.

Finalmente, llegó el día que debíamos dejar Puerto Maldonado. Eran las cuatro de la madrugada de una mañana tibia, húmeda y llena de los vibrantes sonidos producidos por múltiples insectos. Todo el pueblo fue al río, a ver el avión que llegaba para recoger pasajeros. El gran pájaro acuaticizó en el río Madre de Dios. Era majestuoso, bello, panzudo y poderoso. Un hidroplano, tipo Catalina, construido en San Diego, ciudad donde resido ahora.

En los años treinta, en San Diego se comenzó a fabricar aviones

anfibia para uso civil, pero empezó la Segunda Guerra Mundial y San Diego emergió como el mayor productor de hidroaviones Catalina PBY tal como este avión que nos llevaba de la selva a Lima. ¡Quién hubiera imaginado que algún día, en mi calidad de Teniente en el Cuerpo Médico de la Marina de los Estados Unidos, mi unidad, estaría al lado de esta enorme fábrica de aeroplanos!

Hice mi segundo vuelo. Ya estaba acostumbrándome a volar en esos tiempos, en que hacerlo por avión no era común. El avión anfibia partió, con sus ensordecedoras y rugientes hélices, propulsándolo contra la rápida corriente. Las ventanillas fueron cubiertas con agua turbia, pero conforme los vidrios se aclaraban, se podía ver el río que se empequeñecía y la ciudad se perdía como un lunar en medio de la selva inmensa y verde. Todos los tributarios del río simulaban ser serpientes y parecían reptar hacia un final en realidad inexistente.

Este viaje se mantiene en mi mente como un recuerdo oscuro y lejano; pero con el tiempo, viajaría en aviones más grandes a lugares distintos donde sería testigo también de muchas injusticias.

En el año 1995 llegué a ser miembro de la Sociedad Peruano-Americana de Medicina en los Estados Unidos (PAMS), que realiza continuas misiones médicas en el Perú, para ayudar en diferentes lugares, y ahora soy miembro activo de sus acciones humanitarias. Después de una misión que hicimos en Trujillo, regresé a Lima, ciudad fría y húmeda. Mi madre sufría de artritis y este clima no le era favorable. La convencí para ir a la misma selva donde estuvimos cincuenta años atrás, pensando que ésta sería el mismo paraíso que ambos recordábamos. Debido a mi corta permanencia, fue difícil encontrar reservaciones aéreas para el viaje a la selva, y los únicos aviones disponibles pertenecían a una compañía pequeña. Llegamos al aeropuerto a las cuatro de la

mañana para partir hacia Puerto Maldonado, vía Cuzco. Mientras nos dirigíamos hacia un moderno jet estacionado; la ruta cambió hacia un bimotor antiguo y diferente a los fabricados en los Estados Unidos. Y éste era nuestro avión.

Cuando nos acercamos, notamos que sus llantas estaban casi totalmente gastadas y tenía inscripciones en idioma ruso en su fuselaje. Era una nave que quedó de las pasadas relaciones políticas peruano-soviéticas. Cuando estábamos embarcándonos, me dije: después de tantos viajes aéreos, tal vez ¡esta vez sí se cae! Luego de abordar la nave por la rampa trasera, se veía que su gastado interior tenía asientos de aluminio descubierto. El avión sólo tenía dos o tres ventanillas redondas. Tuve suerte en conseguir un asiento al lado de una de ellas con vista parcial hacia el crujiente tren de aterrizaje, y con una buena visión del panorama, que es lo que a mí más me interesaba. El avión esperó unos momentos para calentar sus ruidosos motores, y éstos me trajeron recuerdos de las hélices del viejo Catalina. Partimos atravesando la niebla de Lima, y conforme nos aproximábamos a las altas sierras, vi la bellísima salida de un sol dorado contra los aserrados picos, incrustados con nieves perpetuas. Era tan imponente, que no asombra, que los Incas adoraran a esta brillante estrella. El escenario era tan embriagador, que me olvidé del avión viejo, ahora confortable y acogedor. Vale la pena decir, que esto era mejor que volar en jet, puesto que su desplazamiento, era tan lento que uno podía ver el paisaje, justo debajo de sus ruedas, y apreciar todas las majestuosas cumbres en la ruta hacia Cuzco.

En Cuzco recogimos algunos pasajeros, esta vez más indígenas y nativos; vestían ropas convencionales y se veían más seguros de sí mismos. Como íbamos a permanecer en Cuzco por poco tiempo, salí del avión y me sorprendió encontrar a un viejo amigo y compañero de escuela, con quien había asistido a la reunión de mi antiguo Colegio

Militar, justamente la noche anterior. Para mi satisfacción, él era el piloto. Él era de buena presencia, como lo recordaba en la época de cadetes en Arequipa, y ahora se le veía un poco diferente, debido a un accidente de aviación que había tenido. ¡Bueno!, cuando se está en lugares lejanos, uno toma las cosas como vienen. Si es el momento de perder la vida, no hay nada que uno pueda hacer. Además, yo siempre he confiado en los pilotos peruanos porque ellos conocen muy bien sus peligrosas rutas.

Cruzamos los Andes, entramos a los linderos de la selva. Para mi desconcierto, no había selva a la vista. Todo estaba nublado, peor que en Los Angeles o la ciudad de México. ¿Dónde estaban los millones de árboles verdes y los ríos sin fin, que eran más visibles ante un verde contraste? ¡En ninguna parte! Pensé que aparecerían. Puesto que el viaje era tan corto, no pude igualarlo con el largo recorrido por tierra que habíamos hecho cincuenta años atrás. Para mi asombro, después de sólo cuarenta y cinco minutos, la aeromoza nos pedía estar listos para el aterrizaje, pero yo aún seguía mirando por la ventana... ¿Se me había pasado la selva? ¿Me había quedado dormido? ¿Tal vez no habría usado adecuadamente mi máscara de oxígeno? ¡Pero no!, ¡éste era Puerto Maldonado! Ahora tenía un aeropuerto pavimentado. La ciudad que una vez fue verde y llena de árboles frutales, estaba ahora, como el aeropuerto, carente de belleza natural, pero llena de gente. Afortunadamente había sólo pocos carros, pero se veían motocicletas adaptadas como taxis que despedían mucho humo. Mi pobre madre, había ido buscando el calor del sol y no lo encontró. El cielo nublado parecía lleno de humo y las calles estaban polvorientas. Una vez en Puerto Maldonado, permanecimos por tres días y fuimos a todos los lugares que solíamos frecuentar. Debe entenderse que Puerto Maldonado es una ciudad capital y si los turistas desean ver la selva virgen, deben ir a sus parques especiales y

reservas naturales, como los extensos parques de Tambopata, Heath y Manu, que son buenos lugares para visitar y tener la sensación de estar en la selva virgen. Tienen plantas y animales que todavía son estudiados, pero yo nunca hubiera querido que este departamento llegara a ser limitado en tres reservas.

Fui de inmediato a ver la Misión de los Frailes, pero el sendero de selva por el que caminé de niño, no existía. El fuerte del ejército estaba en la misma área, pero ya no tenía esos enormes árboles de castaños de entonces. Asombrosamente, lo que yo antes creía ver muy lejos, quedaba cerca de donde habíamos vivido, pero después que la selva fue destruida, las distancias parecían más cortas. La Misión también estaba ahí, pero más moderna. El padre franciscano que me curó los ojos había muerto y la gente todavía lo recordaba. Sintiéndonos tristes, regresamos al hotel, en esta fría ciudad, sin mosquitos, frutas ni árboles. ¿Cómo puede la gente alterar tanto la naturaleza? No podía creerlo. Aunque el mundo se entera diariamente por los medios de comunicación —de la deforestación y la destrucción del ambiente natural de los animales—; ver todo esto con los ojos propios es una tremenda experiencia, no un asunto trivial. La tierra está cambiando y perdiendo su naturaleza. Es algo mucho más serio que lo que uno pueda escuchar e imaginar.

Fuimos a la ribera del río y encontramos que también había cambiado. Las orillas estaban atestadas de maderas aserradas y humeantes chimeneas que arrojaban al aire el producto de la quema de los bellos y añejos verdes árboles. En nuestros esfuerzos por encontrar selva virgen y alejarnos de la ciudad, hicimos un viaje diurno por canoa, remontando el río Tambopata, que viene de Puno y desagua en el Madre de Dios. Tomó cierto tiempo llegar al área del monte de árboles grandes y verdes, pero aún ahí, no había mosquitos. Me pregunté: ¿Esta es la selva? ¿qué había pasado? Tal vez el humo los diezmó. En mis días juveniles, en esta

misma área, uno estaba agitando constantemente las manos para matar los numerosos insectos. En el curso del día, sólo vi dos guacamayos, volando raudos a través del río, probablemente en busca de más árboles o monte. Esas aguas turbias sin caimanes y con pocos peces, no parecían ya amenazantes. El paisaje había cambiado drásticamente y esto me dejó pensativo.

Después de tres días, tomamos finalmente un “mototaxi” hacia el aeropuerto y mi madre se detuvo para comprar oro, que había en abundancia por aquellos días, y también preguntó por grasa de culebra para su artritis. Yo casi me involucré en una discusión con ella, pero el mercado estaba lleno de pociones hechas de derivados de animales para curar varias enfermedades. Sin tomar en cuenta mis argumentos, ella compró grasa de culebra que era blanca, rancia, y parecía manteca de cerdo, que yo esperaba, que así fuera. ¡Pobres serpientes! ¿Quién conocería la diferencia? No fue sorpresa, cuando meses después ella me dijo que los huesos aún le dolían después de usar ese ungüento de reptil.

Abordamos, nuevamente, el mismo avión ruso para nuestro viaje de regreso a Lima. Esta vez, el ambiente estaba suficientemente claro y desde lo alto pude ver casi toda la reducida selva. En algunos lugares, sólo habían pocos árboles en pie. El área total parecía como un cementerio, con los árboles tendidos simulando cadáveres, esperando que los recogieran para usarlos como materiales de construcción. Conforme nos acercábamos al Cuzco, las montañas y la ciudad se veían envueltas por un brumoso y oscuro matiz, en contraste con aquel infinito cielo azul, cuyos recuerdos sólo podían existir en mi mente.

Hicimos una parada en el Cuzco, y luego seguimos a Lima, en el mismo avión. A niveles más bajos, pude ver los grandiosos trabajos de los Incas en los impenetrables Andes, cuyos andenes, aún existentes, todavía están en uso por sus auténticos descendientes. Me alegró de haber

realizado este viaje en un avión que volara a poca altura; porque mucho se deja de ver cuando uno viaja, como en los jets, y se pierde la perspectiva del área sobrevolada.

Estoy relatando mis impresiones, no con el deseo de criticar, sino con la esperanza de que mis lectores perciban que aquella que una vez fue selva profunda peligrosa y rebosante de vida; se está convirtiendo ahora en un estéril yermo. La selva está siendo destrozada por las nuevas generaciones que han llegado para profanar la naturaleza virgen en nombre del progreso.